

Martina
agitada, no revuelta



Olga Salar

¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme. Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte. En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario. El karma os lo agradecerá.

Nota de la autora

¿Quién es Martina Vega?

Permitidme que empiece esta historia robándole el protagonismo a Martina y que sea yo ahora la que habla. A las que me conocéis, hola de nuevo; a las que no, soy Olga Salar y tengo unas cuantas novelas románticas por las librerías.

Como he dicho, me gustaría presentaros a Martina Vega y contaros cómo este personaje me volvió loca. El nombre que escogí para ella nombre viene del mítico personaje británico James Bond y su preferencia por el “Martini agitado, no revuelto”. ¿Qué queréis que os diga? *Friki* que es una...

La vida real de Martina, como sus andanzas, ha sido entretenida y variada. La idea inicial surgió cuando me propusieron la colaboración en un diario canario hace más o menos dieciocho meses. Durante varios números, Martina tuvo su espacio allí y después pasó a la revista *Aon?* En ella publicamos unos doce textos, lo que viene a ser un año completo, con las aventuras y desventuras de nuestra atípica protagonista.

Simultáneamente tenía su espacio en mi blog y en mi cabeza, porque cada mes me encontraba con la página en blanco y la necesidad de contaros lo que le había pasado en ese tiempo. Aprovecho para agradecer la fidelidad a las lectoras que habéis seguido sus locuras en mi blog. Desde aquí un abrazo enorme a Beka October por ser lectora habitual de la sección.

La colaboración con la revista ha terminado y he considerado que, tras estos años, Martina se había ganado su fi-

nal feliz, de ahí esta historia o compendio de ellas que hoy tenéis en vuestras manos. Además de los capítulos publicados en prensa disponéis de otros inéditos que cierran el ciclo Martina.

Para terminar, quiero agradecer a todos los que han hecho posible que Martina esté aquí hoy. Gracias a Lorraine Cocó por su inestimable ayuda y su disposición a facilitarme la vida. Mil gracias, eres estupenda. Gracias también a Mariché por ayudarme con las correcciones. Gracias a Anabel Botella, A Shia Wechsler y a Beka October por prestarme sus palabras, y, por supuesto, gracias a todos los que libro tras libro volvéis a confiar en mí.

1. Estoy Divinity de la muerte

Mi jefa es una bruja. Literalmente. Estoy segura de que por las noches enciende el caldero y llena de agujas a muñecas con mi cara.

Es la única explicación que le encuentro al hecho de que esté al tanto de mi meditado plan para que me contraten como presentadora, bloguera o chica de los recados en Divinity. El puesto me da igual, lo que quiero es trabajar en un sitio así de glamuroso. Y para ello he comenzado escribir un diario blog en el que hablo de lo que me preocupa y me afecta como treintañera sofisticada y bien formada.

Mis aspiraciones laborales seguirían siendo secretas de no ser porque la Malvada Bruja del Oeste que tengo como jefa, qué pena no ser Dorothy, acaba de llamarme a su despacho para “ofrecerme” publicar dichas experiencias en ese periódico local y cutre en el que ahogan mi creatividad.

—Martina Vega —musita, como si yo no supiera mi nombre—, eres toda una caja de sorpresas.

Sí señor, esa soy yo.

—¿Por qué lo dices, Rebeca?

“¡Mierda! Esto es malo”, pienso cuando la veo retorcerse las manos.

—Estaba navegando por la web. —Lástima que no fuera por el Triángulo de las Bermudas—, y he dado con tu blog.

Nota mental: bloquear a Rebeca para que no pueda leer lo mucho que la aprecio.

—¿Y?

—Quiero que uses ese ingenio que no sabía que tenías para escribir una columna en nuestro periódico.

Abro la boca. La vuelvo a cerrar. Está de coña, ¿no? ¿De verdad cree que voy a desperdiciar mi talento aquí? Mi blog tiene el objetivo de captar la atención de los directores de Divinity, no de la Malvada Bruja del Oeste.

Pongo cara de pena y me preparo para soltar la mentira más ingeniosa que jamás se me ha ocurrido.

—Verás, Rebeca. No va a poder ser. ¿Te acuerdas de mi amiga Julia?

Ella asiente.

—¿La gordita?

La fulmino con la mirada. Bueno, lo hago mentalmente.

—No está gordita. Es que tú estás muy delgada.

Hace un gesto con la mano, como descartando lo que acabo de decir e instándome a que vaya al grano.

—Pues Julia, que no está gordita —insisto—, es la que me cuenta sus historias, que luego yo plasmo en ese blog. Y no puedo traicionar su confianza porque está muy enferma.

La veo abrir los ojos sorprendida.

—Sí, está muy delicada del corazón y cualquier disgusto la mataría. Por eso estoy haciendo todo eso del blog, porque el sueño de mi mejor amiga es que los de Divinity la contraten y pasar sus últimos días rodeada de glamour.

—Pero el blog lo firmas tú.

—Soy su seudónimo. Martina Vega es mucho más *fashion* que Julia Martínez.

Está cabreada, puedo verlo, pero parece que se lo ha tragado porque ni me ha gritado ni me ha echado a patadas.

—¡Está bien! Ve a hacer algo útil por este periódico —me dice con fingida indiferencia.

Ojalá pudiera despedirla a ella, seguro que eso sería lo más útil. No obstante, como no puedo hacerlo, le ofrezco mi sonrisa más radiante y salgo a toda prisa de su despacho.

Una vez en mi mesa saco el móvil del bolso y llamo a Julia, que me responde antes del tercer tono.

—¡Sorpréndeme!

—¿Que te sorprenda? —pregunto confusa.

—Siempre que me llamas antes del segundo café es para anunciarme uno de tus líos. ¡Cuéntame el de hoy!

¡Qué lista es la condenada!

—Sí, bueno...

—¿Tan malo es?

—Peor. Al parecer tienes un problema grave de corazón y te estás muriendo.

—¡La madre que...! —No puede seguir porque se está riendo como una loca.

Suelto un suspiro que por poco me desabrocha el sujetador.

—Menos mal, creía que te ibas a enfadar.

—Para nada. Estoy terminal, ¿recuerdas? Enfadarme es malo para mi salud. Y total, para lo que me queda... Acuérdate de esto la próxima vez que te pida un favor —me dice con un tonito que me hace pensar en lo peor.

—¡Ups!

2. Martina, agitada, no revuelta

¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? Seguramente os habréis acostado pensando que todo estaba en su sitio, e incluso es probable que fuera el caso, pero entonces el subconsciente en forma de sueño os traiciona y os descoloca por completo. ¿Sí? ¿Os ha pasado? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera y en busca del hombre capaz de soportarme. Y os aseguro que no es tarea fácil (preguntádselo a mi jefa y veréis).

Y todo porque mi mente ha decidido soñar con alguien a quien pensaba que ya tenía olvidado. Mi amor platónico, un hombre al que no veo desde hace unos cinco años, los mismos que hace que dejé de tener contacto con los amigos de la facultad. Lo más gracioso de esta situación es que nunca, jamás, me acuerdo de lo que sueño: en el mismo instante en que abro los ojos borro cualquier resquicio onírico que pueda albergar mi cabeza. Y, mira tú por dónde, mi mente se atrofia justo en estos momentos para dejarme un recuerdo que no es precisamente mi favorito. Ni siquiera estaría en la lista de los diez mejores momentos de mi vida; y lo que es peor, hace que me replantee cómo ha continuado esta.

Después de meditar unos minutos me doy cuenta de que hasta que no consuma el primer café del día no voy a dar con la solución, así que me levanto y me arrastro hasta la cocina en busca de mi maná diario. El único que

1º) Nunca me falla.

2°) Me endulza la vida (gracias al extra de azúcar).

3°) Es capaz de seguir mi ritmo: tres seguidos sin descansos interminables.

Cuando la cafeína hace su efecto, se me ocurre una idea que puede funcionar. Corro, literalmente, hasta mi despacho y enciendo el ordenador mientras rezo para que mi amigo haya sucumbido a la llamada de las redes sociales.

Pruebo primero con Twitter, pero no hay rastro de él. Sigo con Facebook, y es ahí donde me aparece una pestañita con su nombre. Tardo cero coma un segundo en ir hasta su perfil para descubrir que

1°) Está estupendo.

2°) Sigue viviendo en la ciudad.

3°) Está soltero. Ni “comprometido” ni “es complicado”. Soltero a secas.

De momento promete, y mucho. Ahora toca enviarle una solicitud de amistad, pero antes cambio mi foto de perfil y pongo una mía más... Digamos, interesante.

Mientras espero a que me acepte me dedico a ponerme al tanto de su vida; es decir, cotilleo su muro y sus fotografías.

Dos horas después sigo esperando la confirmación de nuestra amistad. Como es sábado me hago la *manipedi* y me pongo mascarillas en el pelo y en la cara. Intento no estar pendiente del Facebook, pero mi móvil no me lo pone fácil. Me avisa de cada una de las notificaciones. Saltó del sofá hasta el ordenador cuando veo que ya somos amigos.

Un instante después me llega un mensaje privado:

Martina, cuánto tiempo. Tenemos que tomarnos unas cervecitas y ponernos al día.

¿Qué tal mañana?

“No es que esté ansiosa, es solo que me alegra reencontrarme con él”.

Dame tu móvil y te llamo.

Mejor te llamo yo, que en casa no hay mucha cobertura.

“¿Y si no me llama después? Mejor voy a lo seguro”.

666999888.

Perfecto, mañana te llamo y nos tomamos algo.

“Seguro, vamos”.

Genial. Un abrazo.

“Wow, ¡ya quiere achucharme!”

Un besazo.

“Húmedo, caliente y muy, muy largo”.

Y cuando parece que todo se ha solucionado, vuelve a mí la sensación de que mi mundo está patas arriba. ¡Por favor! ¿Qué voy a ponerme mañana?

3. Al pito, pito, gorgorito

Llega un momento en la vida de toda mujer que pasa de los treinta, en el que hay que tomar una importante decisión. Importante y trascendental, y no me refiero a escoger entre el rosa palo o el rosa pastel para el color del *gloss*, que, aunque también es primordial, no es el tema al que me refiero en esta ocasión.

Lo que tengo que decidir, puesto que el método tradicional me ha fallado estrepitosamente, es en qué web debo inscribirme para conocer gente. En la Divinity no encuentro nada, y aquí sigo con mi gran dilema. Cuanto mayor es la oferta más complicada es la elección, y si hay algo que se me dé mal es tomar decisiones; al menos, decisiones que me favorezcan. Con las otras soy un hacha. Donde pongo el ojo surge el problema.

Mi última experiencia en ese campo fue cuando redescubrí a Víctor a través del Facebook y decidí salir con él a tomarnos unas cervecitas. Me pasé todo el día creyendo que por fin la suerte me sonreía. Sin embargo, veinticuatro horas después comprobé que lo único que hace mi buena fortuna es tentarme, poniéndome en los labios atractivos y musculosos caramelos para descubrir que, en cuanto los pruebo, o están rancios o el sabor que ofrecen no tiene nada que ver conmigo.

Así que, aquí estoy de nuevo, segura de que el príncipe azul existe y que solo me falta dar con él. Y, teniendo en cuenta cómo está el mundo últimamente, estoy convencida de que el lugar idóneo para buscarlo es en la cola del paro.

Pero antes de llegar a métodos tan radicales voy a probar en las webs para encontrar pareja. Si nos dejamos guiar por los anuncios de la televisión, todo es facilísimo, y los usuarios no solo son atractivos sino que tienen trabajos interesantes, además de unas vidas tan ocupadas que tienen que recurrir al *ligoteo* virtual para encontrar a la pareja perfecta, que además viene garantizada por la ciencia ya que seleccionan a los candidatos más adecuados gracias a una serie de cálculos matemáticos de compatibilidad. Visto así la cosa promete, y a estas alturas de mi vida las promesas me resultan de lo más atractivas y tentadoras.

Una vez que decido dónde inscribirme comienza la parte complicada. ¿Qué foto pongo de perfil? ¿Me decido por la más realista o me quedo con la foto por excelencia? Esa que corona mis currículos, mi perfil en las redes sociales, en el WhatsApp... Y no creáis que la cosa termina aquí: ¿aficiones? ¿Se considera ir de compras una afición? ¿Debería poner que monto a caballo y que juego al pádel? No porque sea cierto, que no lo es, sino porque queda de lo más *chic*.

¡Pero bueno! Esto parece un examen. ¿Que qué cualidades busco en una pareja? Pues lo que buscamos todos: que sea atractivo, inteligente, bueno en la cama (esa parte es imprescindible)... ¿Para qué mentir? Y ya puestos, ¿rico? ¿Influyente? ¿Que trabaje en la Divinity?

En resumidas cuentas, todo se reduce a lo mismo: ¿cuánta verdad me puedo permitir para seguir siendo interesante al sexo opuesto y que mi perfil arrase?

Qué complicada es la vida de una soltera. “¡Venga, Martina!”, me animo. Sobre todo sinceridad. Al menos hasta dónde se pueda. Una cosa es ser sincera y otra tonta de remate.

Tras una lucha denodada con mi conciencia me quedo con la fotografía milagrosa, con el pádel, la inteligencia y la pericia sexual. Añado que soy una de las pocas afortunadas

con trabajo fijo a prueba de recortes, porque soy autónoma, y envió mi perfil a la web seleccionada.

Y es que ya lo decía uno de los filósofos que me martirizó en mis años de instituto, "En el justo medio está la virtud". O lo que viene a ser lo mismo: "Miente, pero sin que se note". Por si acaso, cruzo los dedos.

4. Método infalible

Método infalible, ¡ja! Y luego ¡ja! Y después más ¡ja!

Mirad cómo me río de su método infalible.

¿Queréis un consejo completamente gratuito? Y os aconsejo que lo aceptéis, porque en esta vida pocas cosas son gratuitas.

¿Preparados? Ahí va: ¡no os fieis de la publicidad! Raras veces cumple lo que ofrece. Aunque claro, si preferís aprenderlo por vosotros mismos...

Lo que sí puedo hacer es contaros mi experiencia con las páginas de citas, que aunque no se puede generalizar, saber de qué va la cosa es una ventaja con la que contáis.

Pero voy al meollo, que me desvíó de lo que importa.

El caso es que me inscribí en la web, como recordaréis, y a las pocas horas comenzaron a llegarme mensajes privados de hombres que, tras haber visto mi perfil, querían quedar conmigo. Según la política de la web, los hombres que tenían disponible mi perfil eran aquellos que, las fórmulas matemáticas con las que trabajaban, consideraron que eran o podían ser mi pareja ideal.

Ante semejante respaldo, acepté cenar con dos de ellos. No a la vez, por supuesto. Primero quedé con Manuel y al día siguiente con Jacobo.

Con Manuel aprendí que las personas no son lo que parecen. La fotografía que se había puesto de imagen de perfil en la web era seguramente la que le hicieron durante la primera comunión, y no lo digo por el traje de marinerito. El tipo que tenía delante pasaba de los cincuenta, eso o era cierto al cien por cien aquello de que tomar el sol envejece

y, no tenía ninguna duda de que Manuel era un adicto a la vitamina D.

¿Cómo podía una persona mentir tanto en un perfil? La pregunta logró que me replanteara reescribir mi currículum, pero eso es otra historia que ahora no viene al caso.

Jacobo era tal y como prometía su foto. ¿La pega? No hablaba, solo cabeceaba. Lo que para una mujer a la que le gusta hablar tanto como a mí debería haber sido una bendición. Lamento decirlos que no fue el caso. A la hora de estar hablando conmigo misma comencé a aburrirme soberanamente. Y no porque mi conversación no sea interesante, ¡jojo! Sino porque yo ya me sabía de carrerilla todas las historias que contaba.

Animándome a mí misma, le di otra oportunidad a la web y esa semana salí con dos tipos nuevos. Huelga decir que la experiencia fue tan traumática como las dos anteriores. ¿Es que nadie dice la verdad en las webs de citas?

Harta de la tomadura de pelo, me puse en contacto con los encargados de la web para quejarme. Al principio fueron muy amables, alegando que revisarían mi caso y que harían una selección para mí, pero cuando les dije que no me parecía justo que me cobraran el cargo completo porque no había obtenido los resultados esperados, la misma chica encantadora que me estaba atendiendo se transformó en una fiera salvaje.

—¿Vas a comisión o algo así? —le pregunté de buenas maneras y a partir de ahí se desató el apocalipsis.

Tras varios gritos en los que no comprendí lo que me decía, acabé por entender que me estaba echando la culpa a mí por no conseguir un chico en su web. ¿Será posible? ¿Cómo podía culparme a mí de seguir soltera? Eso era lo más cruel y grosero que me hubiera dicho nadie antes.

Ofendida como me sentía, le dije lo que pensaba de ella en su cara, o más bien telefónicamente, y le colgué.

Tardé una hora completa en rellenar el formulario de reclamaciones y dos minutos en darme de baja del servicio.